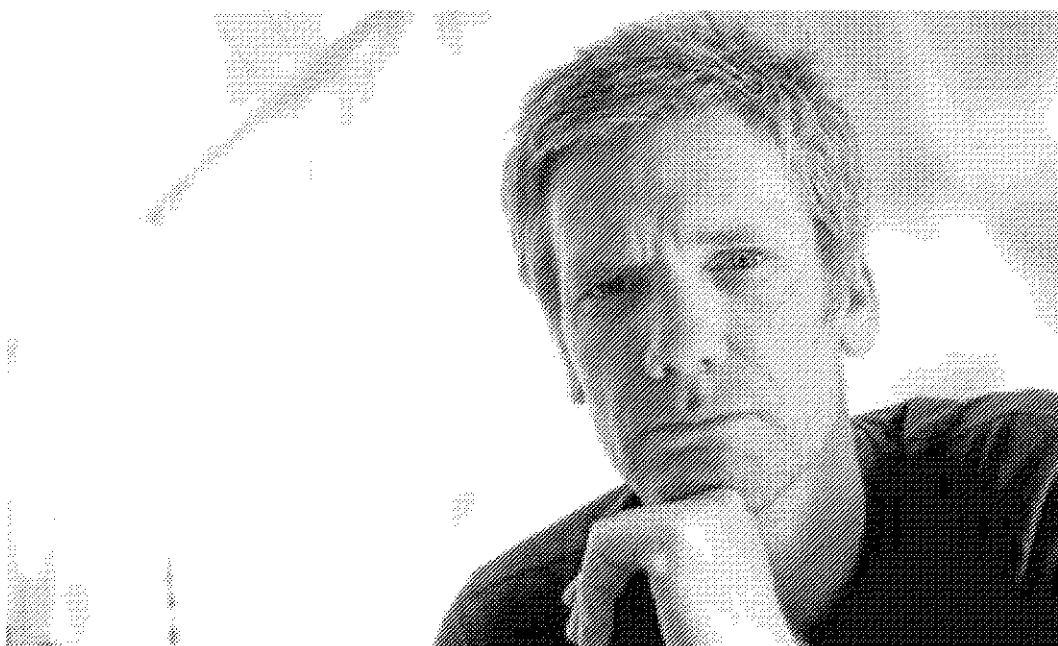


**LITERATURA**

Una divagación capilar

Alan Pauls sigue los cauces de la memoria en 'Historia del pelo', meritorio ejercicio de estilo en el que el escritor muestra una notable capacidad para la evocación



El argentino Alan Pauls utiliza en su nuevo libro el pelo como sorprendente tema principal de la narración.

D. S.

HISTORIA DEL PELO

Alan Pauls. Anagrama, Barcelona, 2010.
193 págs. 15 euros.

Manuel Gregorio González



Si hemos de hacer caso a Carlo Ginzburg, el gran historiador italiano, el triunfo de la inductividad, de la persecución de indicios, se da en el cruce del XIX al XX, gracias a la extraña, a la sorprendente confluencia de tres nombres: Giovanni Morelli, Sherlock Holmes y Sigmund Freud. A esta tríada habrá que sumar, años más tarde, el nombre de Marcel Proust y su *En busca del tiempo perdido*. En efecto, y atendiendo a la función que realiza, la magdalena proustiana no es otra cosa que un indicio; aquél que nos pone tras la pista de un crimen difuso: la vida espumeante y otra, definitivamente muerta, del Marcel

niño. Cosa parecida ocurre aquí, en esta *Historia del pelo* de Alan Pauls, cuya escritura digresiva, arborescente, especular, sigue los cauces arbitrarios, y sin embargo inequívocos, de la memoria.

Es sabido, en cualquier caso, que Freud se basó en los análisis pictóricos de Morelli para desarrollar el psicoanálisis. Y no es descartable que Conan Doyle hubiera leído las obras del italiano una década antes de que Holmes apareciera en Londres persiguiendo el sinuoso discurrir del "hilo rojo del asesinato". Digo todo esto porque es el mecanismo asociativo, su oscilación causa-efecto, lo que viene a evidenciarse al caer del XIX, y ello buscando al hombre, no en las parcelas de luz que arrojan la educación, la urbanidad y el carácter, sino en esas zonas opacas donde la conciencia, donde la voluntariedad, ceden el paso a la expresión inmediata de los impulsos. Al cabo, la memoria de un hombre es poco más que un laberinto cuyas cur-

vas y recodos desconoce. Sin embargo, es esta naturaleza laberíntica de los recuerdos, la que le permite anudar el cuerpo troceado, disperso, quizá deforme, de su pasado. Así, el niño enfermizo que fue Proust, accedió a la fresca umbría de sus veranos en Balbec gracias al acto de mojar en té una magdalena. En esa simple operación se conjuraron, por misteriosos resortes, vagas asociaciones y profundas huellas que, en un solo momento, hicieron emerger el soñado itismo de su infancia. De un modo similar, esta *Historia del pelo* de Alan Pauls, con un constante y meritorio esfuerzo estilístico, traza a través del pelo, de las peluquerías que frecuenta su protagonista, la historia de una vida, de un país, de una hora concreta: la Argentina de los 70 y las actividades golpistas que azotaron entonces aquella tierra. Utilizando el pelo como elemento digresivo, o como indicio para remontarse a otras épocas, lo que viene a desenmarañarse en esta novela (de

hecho, lo que en esta novela se expone como maraña, como incesante cruce de nombres, de lugares, de mujeres y luces que sin embargo ya son otras), es la tupida e incesante red, la malla irrelevante en la que se mueve y agosta cualquier vida. Los cuatro, quizá cinco, personajes que protagonizan *Historia del pelo* son, en cierto modo, una excusa para ensayar una breve sociología del corte de pelo en la segunda mitad del XX. O por contra, la obsesión del protagonista por encontrar un buen peluquero, alguien que encuentre ese frágil equilibrio, la secreta correspondencia entre la cara y el cabello de un hombre, no es sino la excusa, el nudo obsesivo, el ancho vértice por el que vienen a confluir vidas dispares y días sin luz en cuyo fondo se adivina el infortunio.

Es posible que, como nudo estructural, este psicoanálisis capilar le resulte al lector excesivamente liviano o artificioso. Y en efecto, así ocurre algunas veces durante su lectura. Sin embargo, mientras el pelo funciona como indicio, como nexo convencional y puerta hacia otra orilla, la escritura de Pauls muestra una considerable capacidad para la evocación y la minucia. De esa atención al microcosmos humano, el argentino sabe inducir la completa arboladura de un hombre. De la anécdota a la categoría, como postuló d'Ors, hay una modesta arqueología de lo percedero, que es ésta que hemos dicho anteriormente: Holmes en el crimen, Morelli en la validación de cuadros, Freud en el duro desorden memorioso, escenifican el triunfo de la conjetura. Proust utilizó la claridad del té, su limpia ceremonia, como atajo para llegar a una pureza antigua. Tanto tiempo más tarde, Pauls ha ensayado una memoria capilar, insustancial y lírica, como cualquier otra.